

No hay rosas
sin espinas

Rebeca Cid Vela

No hay rosas
sin espinas

© Rebeca Cid Vela

© Ilustración de cubierta: Gemma Martínez

© Corrección: David Pierre

© Pluma de Cristal
www.plumadecristal.es

ISBN: 978-84-949013-0-0
Depósito Legal: M-9503-2019
Primera edición: Marzo 2019

Impreso en Polonia - *Printed in Poland*

El signo © (copyright; derecho de copia) es un símbolo internacional que representa la propiedad de autor y editor y que permite a quien lo ostenta la copia o multiplicación de un original. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes el Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 2772 04 47.

*A ti, Yayo.
Un libro nuevo
para tu biblioteca*

TEMPORADA DE CAZA

Cuando era pequeña, solían preguntarme qué quería ser de mayor. Supongo que como a todos. Algunas veces contestaba que quería ser veterinaria porque había visto algún documental sobre animales en el colegio. Otras jugaba a ser presentadora e informaba de todo lo que acontecía a mi alrededor. Tampoco faltaban las veces en las que quería ser bailarina, astronauta, policía o cualquiera de los cientos de oficios que se me pasaban por la cabeza.

Eso sí, nunca pensé que me dedicaría a lo que hoy me dedico.

Mi nombre es Danna. Y soy cazadora de demonios. Hasta hace cuatro años, era una chica normal que acababa de terminar el instituto. Salía con mi grupo de amigos y estaba decidiendo en qué universidad quería estudiar.

Pero todo eso se desvaneció de golpe.

Desapareció junto con mis padres. Desapareció junto con el resto de gente que, en extrañas circunstancias, se estaba esfumando en todas partes del mundo.

La cosa se agravó. Ya no solo desaparecían personas, también pueblos enteros. Y en medio de aquel caos, yo me sentí extraña. Sola. ¿Quién iba a preocuparse por una mocosa que acababa de perder a sus padres?

No obstante, no pasé mucho tiempo en soledad. Apareció una mujer mayor de la nada cuyo espíritu joven me sorprendió. Me explicó quiénes habían sido mis padres en realidad y por qué dieron su vida. Gracias a ella entendí cuál era mi lugar, cuál era mi misión. Entendí cuál debía ser mi vida ahora y en quién debía convertirme.

Gracias a ella me dedico a cazar demonios.

Sus palabras me regalaron una vida nueva, un techo nuevo, una razón para seguir aquí y algo por lo que valía la pena luchar.

Ahora trato de encontrar a aquellos que se llevaron a mis padres. Porque hay algo, justo en medio del caos, que me da esperanzas y me insiste.

Y no solo eso. Me ha convencido de que mis padres siguen con vida.

**PRIMERA PARTE:
EL SÍMBOLO**

I

—¡Danna, detrás!

Aquel grito de advertencia me instó a darme la vuelta y, sin siquiera mirar, empujé la daga y noté como esta se clavaba en un cuerpo gelatinoso. Acto seguido, un montón de líquido negro me empañó la cara y los restos de un monstruo asqueroso me aplastaron y me tiraron al suelo. Mi antiguo enemigo era viscoso, marrón y tenía un gran cuerno en la frente.

Noté como su peso me asfixiaba, pero justo un segundo después desapareció dejando tras de sí una nube de humo negro.

Un grupo de viscorrinos nos había tendido una emboscada. Bueno, en realidad no se llamaban así. Tenían otro nombre más complejo producto de mezclar palabras provenientes del latín y del hebreo, pero a mí me encantaba ponerles nombres ridículos a mis enemigos. Así era más fácil matarlos.

Contaba con el entrenamiento justo para devolver a los demonios a su dimensión. No sabía cómo matarlos, pero les hacía sufrir y eso, para mí, era realmente satisfactorio. Los demonios no eran inmortales, pero yo desconocía cómo matarlos. Eleanor nos advirtió de que no éramos dignos de ese tipo de conocimiento.

Tras la batalla, suspiré y me senté en el suelo junto a Marcus, mi compañero de habitación y al que considero mi hermano. Él y yo éramos los únicos que salíamos en pareja a cazar. Trabajábamos bien juntos, no necesitábamos al resto, que salía en grupos de cuatro. Éramos los mejores y Eleanor lo sabía.

Marcus se sentía derrotado, así que se tumbó en el suelo y apoyó la cabeza sobre los antebrazos. Su piel oscura brillaba por el sudor que recorría su cuerpo, la mirada fija en el cielo, y sus carnosos labios dibujaban una pequeña sonrisa de satisfacción.

Aunque le sentía un hermano, Marcus y yo no nos parecíamos físicamente. Él, con su cabello oscuro y cortísimo, con los ojos color miel, casi arcilla —siempre me parecieron preciosos— y yo con el pelo y los ojos chocolate y la piel blanca como la leche. Marcus siempre se metía conmigo. Me decía que era igual que una muñeca de porcelana con los ojos demasiado grandes.

Éramos inseparables. Él era el hermano que nunca tuve y, yo para él, la hermana a la que perdió de crío. A causa de ello, había en él cierto instinto protector que yo le dejaba ejercer aunque no fuese necesario. Así le hacía sentir mejor.

La primera vez que llegué al monasterio y me topé con un demonio, sufrí un ataque de pánico y me desmayé.

—¿Cómo no lo hemos sentido? —pregunté mientras intentaba limpiarme el rostro con una esquina de la camiseta.

—Ni idea. No es algo que controlemos. Creo que hay demasiados —soltó Marcus con rabia.

Una de las cosas que nos hacía especiales como cazadores de demonios era que podíamos sentir su presencia aunque estuvieran escondidos bajo un *glamour*. Podíamos sentir su energía y destapar su auténtico ser. La mayoría de cazadores no podían despejar a los demonios de su *glamour* hasta herirlos, pero yo no necesitaba pasar por ese proceso. Simplemente los veía, los sentía.

Y eso hacía mucho más fácil la misión de devolverlos a su dimensión.

Pero Marcus tenía razón. Ahora había demasiados demonios y ese hecho era algo que nos afectaba a todos. Era algo así como vivir cerca de un vertedero; al principio no eres capaz de soportar el olor, pero cuando pasas un tiempo cerca de la basura, te acostumbras y no percibes la peste. Sin duda, eso era lo que nos estaba pasando a los cazadores. Y nuestros enemigos, además, eran la peor basura del planeta.

Nos subimos al todoterreno y regresamos a casa. Más que casa, nuestro hogar era un monasterio. Uno de los edificios más antiguos del lugar que, junto con algunas iglesias y abadías, contaba con el privilegio de concentrar una gran cantidad de energía. En esos lugares clave nos reuníamos los cazadores.

Nuestro monasterio era enorme y se veía muy viejo, pero su estructura y su distribución nos ayudaba a protegernos de nuestros enemigos.

Olbaid, la ciudad que nos encargábamos de proteger, también era muy antigua y se asemejaba más bien a una villa grande. A algunos demonios les encantaba sentir que seguían en la Edad Media. Quizá porque esa fue su época de máximo esplendor. Otros preferían deambular por lugares aislados y sin apenas gente.

El monasterio que nos servía de hogar y de punto de reunión se encontraba en una colina. Estaba alejado de la ciudad —para así evitar el barullo típico de esta—, pero no demasiado por si nos tocaba atender alguna urgencia. Las paredes de piedra que lo vestían eran de un color ocre apagado y resaltaban con el bosque, que quedaba justo detrás. Al otro lado, los restos de una antigua muralla.

Pero lo que más llamaba la atención de aquel lugar era su fachada. Se componía de multitud de elementos y fi-

guras talladas directamente en la pared. Muchas de ellas fueron derruidas con el tiempo y solo eran restos del arte escultórico que una vez fueron. La puerta principal era enorme y de madera negra y le daba al monasterio cierto aire de grandeza. A ambos lados de la puerta se alzaban dos torres coronadas por campanas que jamás había oído sonar.

Una vez allí, me duché y comí algo. Luego acompañé a Marcus a la enfermería. Tuve que insistirle porque, claramente, le dolía mucho la muñeca aunque intentase disimular. No le había visto usar la mano derecha ni al conducir.

Tras empujar a Marcus hacia su destino, me dirigí a la biblioteca, mi estancia favorita del monasterio. Atravesé sus enormes puertas de madera y dejé que el olor a libro viejo mezclado con incienso me sedujera una vez más. Aspiré con fuerza y me dirigí a un lateral. Allí encontré a Annie. Estaba de pie y narraba algo hacia un puñado de niños que se habían sentado en el suelo frente a ella. Decidí unirme a aquel peculiar grupo y escuchar:

—Desde el principio de la humanidad, cuando los hombres y las mujeres apenas empezaban a poblar el planeta, los demonios ya estaban aquí. Viajaban entre sus dimensiones y la nuestra con facilidad. Pero los demonios más grandes, los que dirigían al resto, descubrieron en nuestro mundo una energía capaz de hacerles más poderosos.

»Así comenzaron a utilizar a los humanos como comida. Ese fue el primer método que se les ocurrió para absorber ese poder que, en teoría, residía en nuestro interior. Pero no todos los demonios aceptaron esto. A algunos les parecía atroz masacrar a la humanidad por el mero hecho de conseguir más poder.

- »Uno de los que se opuso fue Acatriel, que junto a sus dos hermanos se enfrentó a sus superiores con tal de frenar la matanza. Pero aquello no fue suficiente. No había suficientes demonios de su lado, así que sus hermanos perecieron. Los mataron y obligaron al demonio a verlo. Fue en ese momento cuando Acatriel entendió que solo los humanos podrían enfrentarse a los demonios. Pero no humanos cualquiera. Sino una nueva variante de estos compuesta por cazadores especializados para tal propósito.
- »Y ese es, como veis, nuestro origen. Acatriel nos creó y nos dotó de poderes para combatir a sus iguales corruptos. Nos otorgó una fuerza superior, una rapidez sobrehumana e, incluso, la capacidad de destapar la forma demoníaca original.
- »Al principio, éramos capaces de combatir con cierta superioridad. Pero, cientos de años y batallas después, los demonios descubrieron nuestras debilidades poco a poco. Cada vez era más complicado vencer. Cada vez era más difícil sobrevivir.
- »Cuando intuyeron nuestra posición de desventaja, nos atacaron con las plagas y catástrofes más demoledoras que fueron capaces de invocar. Después de tantos siglos de batallas y sangre, seguimos siendo fuertes, pero no lo suficiente. Y aunque podemos seguir notando su energía, la mayoría hemos perdido la capacidad de verlos de manera natural y necesitamos romper su *glamour* para conseguirlo.

El sonido de una sirena interrumpió el discurso de Annie. Yo me había quedado embobada con aquella historia que ya había sentido en más de una ocasión, así que me asusté.

—Venga, ya sois libres. Podéis ir a corretear. Y nos vemos mañana —dijo al tiempo que los niños se levantaban y

aceleraban hacia la puerta. Yo aproveché el despeje y me acerqué a la mujer.

—Hola, Danna, ¿te has quedado a la charla?

—Sí, me encanta esa historia aunque la haya escuchado mil veces.

—Es la nuestra. Debemos aceptarla aunque no sea perfecta. Aunque en ella se nos vea... débiles. —Sonrió a medias.

Annie rozaba la treintena, siempre llevaba el pelo negro recogido en un moño alto y unas gafas en la cabeza. Sus facciones siempre me parecieron agradables. Tenía los ojos color miel y la piel ligeramente bronceada aunque apenas salía del monasterio. Ella permanecía más tiempo que yo en la biblioteca —y eso era algo bastante difícil—.

No todos los cazadores de demonios eran guerreros sedientos de sangre. Había miembros como Annie que, aunque su naturaleza era la de cazadora, no sería capaz de matar ni a una mosca. Se rumoreaba que de pequeña había tenido un encuentro bastante horrible con un grupo de demonios y que por ello le costaba más acercarse a la acción. En todo caso, ella nos ayudaba y nos enseñaba todo lo que sabía sobre demonios. También nos habló de las diferentes especies de demonios que podíamos encontrarnos.

—Por cierto, Danna, he encontrado algo. —Hizo una pausa—. Creo que he descubierto algo sobre ti —susurró y miró a los lados.

—¿De verdad? Enséñamelo, por favor. —Noté como un nudo me envolvía el estómago.

—Ven, demos un paseo.

Caminamos por los pasillos que Annie conocía a la perfección. Caminaba por ellos con una gracia natural. Se notaba que su inmensidad no la intimidaba. Yo, en cambio, no los había interiorizado todavía. Me parecían todos iguales, enormes y con estanterías de madera llenas de libros.

La primera vez que me adentré en los pasillos de la gran biblioteca, me pasé una hora entera tratando de salir de aquel laberinto de estanterías. La segunda vez quise asegurarme e hice pequeñas marcas con mi daga en la parte baja de las estanterías para así numerarlas de camino a la salida. Seguro que Annie se dio cuenta, pero nunca me dijo nada.

Cuando llegamos a cierto pasillo, Annie empujó la escalera hasta una de aquellas estanterías. Luego subió mientras murmuraba algo y acariciaba los lomos de los libros. Muchos de los cazadores que vivían en el monasterio creían que estaba loca —y probablemente lo estuviese, al menos un poco—, pero, igualmente, yo la admiraba.

—¡Ajá! Aquí está —exclamó. Luego bajó a toda prisa, prácticamente sin apoyar los pies en los escalones, y se dirigió hacia una de las mesas. Yo apenas podía respirar a causa de los nervios, así que me senté en una de aquellas sillas mientras Annie pasaba las hojas del libro. Era un libro bastante pequeño y fino, uno de esos que pasan desapercibidos. Tenía la cubierta de cuero negro y sus hojas estaban decoradas con un borde dorado.

Cuando la mujer encontró lo que buscaba, giró el libro hacia mí y señaló un símbolo que había en la parte inferior de la página.

—¿Esto es lo que buscabas, Danna?

Creo que asentí, aunque no estoy muy segura. Agarré el libro y rocé la página con mis dedos.

—Danna, ¿estás bien? —preguntó y puso su mano en mi hombro—. Este símbolo es muy extraño. Me ha costado mucho encontrarlo. Dime dónde lo has visto, por favor.

Dudé. No sabía si decirle la verdad. Cuando le pedí que lo buscara solo le enseñé un dibujo que había hecho y ella no hizo preguntas. Solo Marcus conocía aquella historia. Pero sentí que debía contársela también a Annie.

—Cuando mis padres desaparecieron, yo no estaba en casa. Cuando llegué ya no había nadie. La puerta no había sido forzada y no había nada fuera de su lugar. Excepto una foto. Una fotografía tirada en el suelo, sola, en medio del silencio.

Hice una pausa y dejé paso a las lágrimas, que ya empezaban a mojar mis mejillas. Annie sonrió de forma tímida y me animó a seguir.

—En la parte trasera de la fotografía se podía leer *Te queremos* junto al símbolo que te enseñé y que ahora me enseñas en ese libro.

»En ese momento sentí que no los iba a volver a ver. Al principio creí que aquella era una simple desaparición, igual que las muchas que estaban ocurriendo en el resto del mundo. Pero aquella teoría era improbable, ya que les había dado tiempo a dejarme la fotografía con el símbolo.

»Todo era muy extraño, así que empecé a investigar en este sitio. Pero es enorme y jamás encontré nada que se pareciera a ese signo. Por eso te pedí ayuda.

Ambas nos quedamos en silencio y observamos aquel símbolo durante unos minutos. El reborde dorado de las hojas parecía resplandecer. Annie decidió romper aquella quietud.

—Ya has dicho que eres consciente de que será muy difícil volverlos a ver. Y no pretendo desanimarte, pero es cierto. Hay pocas probabilidades de que los encontremos. Igualmente, yo te quiero ayudar.

La mujer levantó la cabeza y me fijé en sus ojos. Estaban anegados de lágrimas.

—Muchas gracias —dije con una gran sonrisa—. ¿Me puedo llevar el libro?

—Claro, pero acuérdate del lugar en el que debes dejarlo: el tercer estante empezando por la izquierda de la estantería ocho.

Vale, eso confirmaba mis sospechas. Annie sabía que había marcado las estanterías con mi daga.